

franceses. Le hemos entregado además una Memoria, que es el proceso de todos los abusos cometidos allá contra nosotros... Estamos convencidos de que el pueblo argentino será el primero en protestar si se le advierte que ninguno de nosotros percibe un céntimo por las obras francesas. Estamos igualmente persuadidos—y esto le hemos dicho al ministro—de que la intervención de nuestro país ante el gobierno argentino obtendrá un resultado provechoso para el pensamiento francés. Es un acto patriótico.

—¿Pero ninguna empresa de las que han trabajado en Buenos Aires les abona derechos?

—La única que nos ha pagado, aunque poco, es la compañía de Mad. Réjane. Las demás, nada, nada y nada...

—Es extraño.

—Sí. Pero es verdad... Y la culpa, le repito, no es del público. El público argentino va al teatro. Paga una enormidad por sus localidades. Ve la función. Aplaude. Y no tiene por qué averiguar si el empresario ha pagado al autor... En Francia la ley obliga á los empresarios á que paguen religiosamente. Cobramos los derechos de las obras durante toda nuestra vida. Después de muertos, los hijos ó nietos siguen cobrándolos. Cuando han transcurrido cincuenta años del fallecimiento del autor, las obras pasan á poder del Estado, que puede administrarlas en su beneficio.

—¿Y á qué causas atribuye usted esa falta de respeto que las empresas tienen en Buenos Aires por los autores de las obras que representan?

—Las empresas proceden con un espíritu puramente comercial. La culpa no es de ellas solas... Imagínese usted que un comerciante llega á un país que carece de leyes y en donde no existen có-

digos. Lo primero que hace es aprovechar esa falta de obstáculos para hacer sus negocios. Y hace bien... Si en la Argentina existiera una ley que protegiera los derechos literarios, ninguna empresa dejaría de pagarnos... Pero las leyes son el producto de una larga civilización. Esa ley vendrá cuando aquellos países lleguen al progreso definitivo...

—¿Y cree usted que el ministro de Francia tomará la intervención que ustedes piden?

—Es su deber. Nuestras exigencias no pueden ser más justas. Si á un labrador se le paga el producto de la tierra, que no es de él, sino de Dios, ¿por qué un autor teatral no tiene derecho á cobrar los frutos de su cerebro, puesto que no son de Dios, sino de él mismo?

—Tenemos entendido que en Berlín hubo, hace poco, un congreso en el cual estaba representada la República Argentina. Allí se trató de los derechos literarios en América.

—Es cierto. Yo también asistí. Era un congreso celebrado por la «Unión Internacional para la protección de Obras literarias». Tuve el gusto de conocer al representante argentino, el doctor Paulino Llambi Campbell, que era «no unionista». Conocí también al representante del Uruguay, el ministro en Berlín, doctor Luis Garabelli...

—¿Qué resolvió el congreso?

—Resolvió hacer lo que hacen todos los congresos: fabricar esperanzas. De ahí no pasamos. Todo quedó en la nada...

\* \* \*

Aquí finalizó nuestra entrevista. Paúl Hervieu habla sin mover una sola arruga de la cara. Su rostro parece de mármol. Sonríe poco. Se sonríe

para adentro. No hace gestos... Viviendo en un ambiente aristocrático, ha domado todo lo que no sea correcto en sus ademanes y en su vida. Sin embargo, sus obras resultan lo contrario. Según Brunetière, la aspiración de Hervieu es crear la tragedia moderna sin el pesado maderamen histórico... «Hay en cada hombre que viene á verme —dice Hervieu— un drama, una tragedia, una tempestad que estalla bajo el pecho, como un chorro de lava bajo tierra.» Su pesimismo es tranquilo. Su filosofía no va más allá de las señoritas. Muchos de sus libros caben en una frase. Pero la indignación que le produce la falta de respeto que se tiene aquí por los derechos literarios, no cabe, sin duda, en varios tomos...

---

## Diplomáticos americanos y literatura de París

---

**Carlos María Ocantos.—Amado Nervo.—José María Cantilo.—Hilarión Moreno**

Hace ya tiempo que murió la moda de las biografías. Hablo de las prosaicas biografías de almanaque. Biografías que si son propias para hablar de Falucho, son malas para hablar de un artista. Es buen síntoma. Aplaudamos... Nada más inútil que una biografía en donde las fechas ocupen el sitio de las autopsias cerebrales. En América, los pocos alumnos del general Mitre prosiguen su pesada, su heroica, su estéril escuela cronológica. Pero ya son muy pocos. Consolaos... En Europa, Francia nunca las hizo. España demasiado. Ahora no. Italia, todavía. Aquí los periodistas se deleitan contando á todo el mundo el día, la hora y el minuto en que nacieron sus prohombres. Gozan ingenuamente haciendo biografías de números... Días pasados, con motivo del viaje del príncipe Borghese, nos suministraron las fechas en que habían nacido, almorzado y muerto todos los parientes de ese señor, que tuvo el coraje de venir en automóvil desde la tierra de los japoneses á París... Cuando hablan de Rostand ó de D'Annunzio, hacen lo mis-

mo. Aunque ambos poetas gozan en Europa de una enorme despopularidad, todavía los periódicos se empeñan en dar humo á sus globos... Por eso gozo al pensar que las biografías que hoy se hacen en los grandes periódicos de América—Argentina, Chile, Brasil, Uruguay—nada tienen que ver con las actas del registro civil, ni con el itinerario de los ferrocarriles. Cuando queremos ocuparnos de un sujeto cualquiera—llámese Cristo, llámese Nietzsche, ó llámese Juan Moreira—, si es que tiene talento no hacemos la biografía de su calendario. Sobre todo, cuando se trata de artistas es amargo decir el día en que nacieron y los demás etcéteras. Es más bello saber lo que estos hombres llevan dentro del corazón ó dentro del cerebro, que conocer la clase de botines que usan, ó el hotel en que viven, ó la hora en que fueron adonde les dió la gana... Por eso, ante estas cuatro almas llenas de belleza—Ocantos, Nervo, Cantile, Moreno—me resisto á deciros el día en que nacieron. Vedlas. Están en el anfiteatro. Están sobre la plancha. Son cuatro almas jóvenes. Son de América. Son cuatro almas que han venido hacia Europa como cuatro palomas, trayendo su blancura como un símbolo. Empecemos su autopsia:

—La primera. Es un alma pacífica. Cronómetro. No sabe de locuras. No se pierde en las ramas. No grita locamente sus visiones como los irregulares de mi estirpe. Siente la vida casta de los salones familiares. Usa frac. Y cuando se pone blusa, su blusa toma actitudes sociales. Adivina lo que piensan los viejos. Esos viejos pesados como bueyes. Viejos llenos de antigüedad, de tiquis, de miquis, de geometría, de San Martín, de Artigas, de Rivera y de consejos... Con talento sabe auscultar el espíritu de los hombres sin experiencia, que ven todo

al través de un cristal incoloro. Es un alma artística. Pero artística porque *siente* el arte. Nada más. Es de la estepa criolla. Mas la influencia de Madrid le ha borrado un poco su origen nacional, sin darle, en cambio, la gracia ondulante del mantón de Manila... Es un alma buena. Buenísima. Laboriosa. No canta. Habla... No llora. Mas tampoco sonríe. Dice cosas inteligentes. Sobre todo, cristianas. Dice cosas honestas. Razona. Respeta á la Real Academia. Y no miente. Tal es el alma de Carlos María Ocantos...

—La segunda. No miréis la epidermis de esta joven alma. Su exterior no dice la verdad. Parece un alma cuerda. Es un alma que disfruta la gloriosa delicia de estar loca. La locura es su mejor talento. No se trepa tampoco por las ramas. Pero hace algo más. Entra en los templos. Su locura es mística. Habla con Jesucristo, y le dice: «Padre nuestro que estás en los cielos»... y en seguida le pide permiso para besar los ojos de su amada. Es así. Es rara. Es exquisitamente artística. No sabe andar por las calles, ni meterse en el lodo, ni estar en los salones. Una vez cantó un himno á la rubia reina de España. Y en su tierra, ¡oh México!, la quemaron imaginativamente, pues una flor de república no debe caer á los pies de una reina... Su domicilio es la iglesia. Y no porque sienta la religión. Al contrario. No cree en Dios. Me diréis por qué entonces vive en los templos. Bueno. ¿Acaso las golondrinas creen en Dios? Sin embargo, ya sabéis que ellas siempre buscan las iglesias para vivir en paz... Como esta alma canta siempre á la belleza pura de las mujeres griegas, tiene odio á los astros, que quieren competir en hermosura con aquéllas... Ahí tenéis el por qué esta alma aprendió astronomía. Quiere ver á los astros bien de

cerca para echarles en cara sus manchas, sus errores y sus deformidades. Y lo hace no para reírse. Ella nunca se ríe. Lo hace para compadecerlos. Sabe que la compasión duele mucho más que la risa... Sus cantos son de una tristeza de laguna, de sauce, de ciego, de viuda, de otoño, de copa sin vino... Tal es el alma de Amado Nervo...

—La tercera. Joven. Ingenua. Abre las alas... Figuraos un ruiseñor que modulara trinos de zorzal. Como la de Ocantos, es alma que nació en América. Pero no es americana. Es de París. Como es de París—del alto París intelectual—, sabe decir en un francés vibrátil bellas cosas sutiles. Ya Rubén Darío, en *La Nación*, describió los floridos jardines que esta alma se construyó para no sucumbir en la nostalgia. Allí vive. Allí se enclaustra. Veréis en sus versos conjunciones muy raras. En uno de sus «jardines» encontraréis, como encontró Darío, las sombras de Verlaine—Verlaine sollozante—, y la sombra de Mallarmé—Mallarmé musical...—Y veréis de pronto que las dos sombras se acuestan á morir bajo las ramas de un ombú paternal... Son versos deliciosos con ventanas para dos horizontes. Bebidos en París saben al mate amargo del señor Santos Vega. Pero bebidos en la tierra de los payadores, poseen el sabor francés de otra bebida verde como el mate, que cantó Baudelaire. ¿Os acordáis? Ajenjo... Es un alma, en fin, que no sabe de prosas ni de números. Y está tan lejos de las corduras vulgares como de las locuras neurasténicas. Tal es el alma de José María Cantilo...

—La cuarta. Aquí está. Es un alma de mujer. Alma pura. Blanca... No esgrime puñales. No mata. No delira. No hiera. No ruge. No ríe. No llora. Sólo sabe querer. No sufre el placer de la poesía. Goza, en cambio, el dolor exquisito de la música. Su mé-

rito es muy grande. En Europa se le quiere. Se le aplaude. Es un alma enferma. Lleva dentro de sí los siete puñales de la Dolorosa. Sin embargo, es un alma que vibra intensamente. Y ved qué extraña: es un alma triste, repleta de alegrías. Siente mucho. Sus armonías—alemanamente encantadoras—hacen temblar las almas femeninas. Sus valses triunfan en los salones y por desgracia, hasta en los organitos. Es un alma de piano. Y es, en fin, de todas las que conozco la primera alma de artista que no sabe morder. ¿No sabe? Sabe. Pero no quiere. No muerde ni aun cuando tiene razón de morder. Es altiva... Su seudónimo, *Ramenti*, dividiéndolo en sílabas y leyéndolo al revés, dice: *Menti-ra*... Una ironía. Tal es el alma de Hilarión Moreno...

Observad ahora este fresco ramo de almas jóvenes. Ponedles uniforme de fina diplomacia. Y tendréis entonces la biografía de cuatro hombres valiosos que en Europa hacen honor á América. Son cuatro almas que conquistó París...

París, Agosto 30 de 1907.

## La República española prevista desde París

París está lleno de España. Los sucesos de Barcelona han barrido muchos hogares, muchos comités y muchas redacciones. La amenaza de castigos crueles y el horror al suplicio del hambre, han arrojado á Francia millares de familias españolas. Y sobre todo, catalanas. Pero lo cruel y lo triste en esta fuga silenciosa y hambrienta, no es que los hombres tengan que emigrar. Lo cruel y lo triste, lo que apena y lo que asusta, lo que enfurece y lo que hace cerrar los puños de rabia contra las policías españolas, es que se persiga y se arroje de la patria, sin tregna ni perdón, á niños y á mujeres. Yo he visto aquí en París á familias enteras que peregrinan por los bulevares con el aspecto loco de aquellos cristianos primitivos que, hambrientos y asustados, vivían en las negras catatumbas de Roma.. Son familias de España. Hablan en español. Tienen alma de allá. Y yo, al verlas y al conversar con ellas, he sentido un empuje de gaucho contra esa tiranía cobarde que mancha con vergüenza las frentes españolas...

¿Qué culpa pueden tener esas pobres mujeres y esos nenitos pálidos? Han sido echados á una tierra desconocida, que por ser tal vez la más civilizada,

es, sin duda, la que menos puede protegerlos. Hablan en español. Nadie los entiende. Piden ayuda. Nadie se la presta. Solicitan limosna, y al instante un guardián del orden les pone la cadena. A la cárcel...

Hoy mismo, ha venido á mi casa una pobre mujer española. Es viuda. Y muy vieja. Su hijo es republicano. Por hacer propaganda en Barcelona, lo expulsaron. Una vez que lo pusieron en la frontera, sin dinero y casi desnudo, echaron también á la madre infeliz. ¿Ella era republicana ó socialista? —me preguntaréis—. No. La expatriaron á Francia sólo por que su hijo era algo de eso, socialista ó republicano. Me trajo una carta, en la que un conocido editor barcelonés me la recomendaba. Hacía tres días que andaba por París buscando al hijo. Lo encontró en un hospital, enfermo de tifoidea. Hacía muchas horas que no había comido. Mi mujer le hizo servir una taza de sopa. ¡Ah, San Judas! Yo he visto asesinar á un hombre por la espalda en el Paseo de Julio, y he visto pisotear y romperle los huesitos á un niño de ocho meses, en Italia, pero nunca jamás he sentido emoción más terrible que ante aquella sopa devorada entre lágrimas.

Junto á los muchos emigrados de España que sufren en París una miseria tempestuosa, hay un joven argentino. Está con su mujer y con su hijita. En el periodismo de Buenos Aires se llamaba Alejandro Sux. Su verdadero nombre es Alejandro J. Maudet. Es descendiente del coronel de la Independencia argentina Danel, emparentado con el general Lamadrid... Después de visitarlos he sentido ganas de pedir á las estrellas una limosna por Dios...

Otro emigrado intelectual perseguido por sus ideas, que serán buenas ó que serán malas, pero que no son ni crueles ni criminales, es el periodista catalán A. Fabra Ribas, director del diario de Barcelona *La Internacional*. Fabra Ribas es español. Posee una vastísima cultura. Huyó de su tierra á raíz de la prisión de Ferrer, que era su amigo, aunque no defensor de sus creencias. A pie, por las carreteras que nunca tienen fin, llegó á París. Aquí, el diputado Jean Jaurés le tomó como redactor de *L'Humanité*, que es en Francia un puesto culminante. Recién entonces empezó á comer. Un literato francés, Marius d'Athis, autor de las célebres novelas *Le cœur des humbles* y *Gustave Ancelin*, lo asiló en su casa hospitalaria. Ahora, desde París, el inteligente Fabra Ribas organiza, ayudado por Jaurés, una campaña saludable en pro de España. Unido á hombres jóvenes, trabaja con una buena fe de viejo sacerdote. Está vinculado á todos los expatriados y á los jefes del movimiento republicano y socialista de España. Para conocer algo de la tormenta que ruge bajo el suelo español, nadie mejor que él ha podido informarme. Con la garantía de Manuel Ugarte, que me presentó á Fabra Ribas, he podido extraerle masónicamente algunas confesiones. Os las remito en síntesis.

\* \* \*

—¿Cree usted—pregunto á Fabra Ribas—que con la terminación de la guerra del Rif concluirá la violenta situación de España?

—Al contrario—me responde—. Recién comienza á organizarse la revancha. Verá usted dentro de algunos meses la lección que el pueblo español dará á todas las naciones europeas que lo critica-

ron por su inercia y por su absoluta falta de energía. España está en el terreno del honor. Necesita reivindicarse. Y lo hará. Crea que lo hará. Será muy pronto...

—¿Una revolución? ¿Bombas de dinamita?

—Dinamita, jamás. Será una revolución sólida y moderna. Vamos directamente á la república. Los republicanos ayudarán á los socialistas. El cambio de gabinete no ha modificado en nada la situación política de España. Caído Maura, se alza Moret. Caído Moret, sube Canalejas... Cambian las figuras del Guignol, pero siempre con el mismo escenario. Siempre igual atrezzo. Siempre idénticos andares...

—¿Y los separatistas de Barcelona, amigo Fabra Ribas, qué harán?

—¿Qué harán? Nada... Digo nada, porque nunca existieron. ¿Quién es el catalán que sin ser un traidor, piensa en borrar del glorioso mapa de España la provincia de Cataluña? El separatismo es una ilusión de la Puerta del Sol... Lo que se quiere en Barcelona es que todas las provincias de España se pongan á su mismo nivel de progreso. Si Cataluña no parece una provincia de España, es porque las demás provincias se han quedado un siglo retrasadas... Lo que ocurre es que el gobierno, para combatir el avance del socialismo que domina toda Cataluña, ha inventado el *separatismo*. Así es que en las demás provincias se cree que los catalanes somos enemigos de España. Y se nos odia...

—En caso de estallar la revolución anunciada, ¿qué harían los numerosos carlistas de Navarra? ¿Irían—con don Jaime al frente—á pelear en favor de la República? ¿Se pondrían en contra? ¿Permanecerían indiferentes á la lucha?

—¡Quién lo sabe!... En todo caso los éuskaros

preferirían la república... Pero vea: es mejor que no diga usted nada...

—Y suponiendo que la revolución republicana se hiciera con el apoyo socialista, ¿quién sería el Hombre?

—A esta pregunta, querido compañero, ponga usted punto final... Pero si usted desea conocer la opinión del primer teórico contemporáneo del socialismo, iremos á visitarlo. Es Paúl Lafargue. Su esposa, que aun vive, muy viejecita, es la única hija que existe del célebre sabio alemán Carlos Marx, el autor del *Capital* y fundador de la Internacional. Vive en Juvisy, cerca de París. ¿Quiere?

\* \* \*

¡Ya lo creo que quería! ¿Ver al famoso cubano que es hoy en Francia una cumbre de las ideas modernas? Y fuimos.

Nos acompañaron en la excursión el novelista parisién de quien ya os hablé, Marius d'Athis, su esposa y el luminoso Manuelito Ugarte. Lafargue y la hija de Carlos Marx habitan lejos de Juvisy, en una enorme chacra que él cultiva con sus propias manos. Entramos, y un viejecillo encorvado, de cabellos blancos y una pala en el hombro, nos saludó con líricas carcajadas. Era Lafargue.

—*Adelante. Vengan por aquí...*

Y nos llevó por entre sus plantas, y hablando en un español muy de París, hasta su gabinete de trabajo y de estudio. Vino después la esposa, y la sonrisa abuelesca de la anciana dió un nuevo matiz á la velada.

Lafargue nació en Cuba. Vino á París y aquí cursó sus estudios sociales. Fué alumno de Carlos Marx. Se enamoró de sus teorías. Y en seguida,

cual sucede en todos los poemas, se enamoró de la hija de Marx. Y se casaron. Pasó con ellos lo que ocurrió entre Ferrero y Lombroso. Ferrero se apasionó por las ideas de su maestro y luego se enamoró de Gina... Son idilios científicos de amor...

\* \* \*

Lafargue sigue con atención el movimiento evolutivo de España. Y con una sinceridad y una franqueza ruda, cree lo siguiente:

«Podrán intervenir muchas fuerzas extrañas en la lucha futura, pero ya sea merced á los socialistas ó gracias al apoyo de todos los demás partidos, la verdad es que el primer país europeo que imitará á la República francesa, será Portugal, y luego España...»

—¡La República española!—exclamé pensando en la pobre mujer que devoraba la sopa llorando, mientras el hijo moría por sus ideales en una negra cama de hospital parisién...—Mañana—pensé dentro de mí—iré á ver á ese muchacho soñador. ¡Pobrecito! Le contaré lo que dice Lafargue... Así mejorará con la esperanza...

*¡La República española!*

Sintéticamente, eso piensa Lafargue. ¿Vendrá la República otra vez? ¿Quedará todo en su sitio? No me interesa averiguarlo. Vale más no saberlo. Es malsano jugar con dinamita. Pero hay en el aire olor á sangre tibia...

Basta. He querido en esta nota ser tan sólo un fonógrafo. Aquí concluye mi cilindro. Buenas noches. Y en paz...

París, Enero de 1909.

## Golondrinas de París

### Un poeta bohemio

Los que, cual yo, han vivido mucho al aire libre, saben que no es difícil encontrar poetas entre los vagabundos. El vagabundo es, de por sí, un poeta. Sus harapos riman como los versos. Los remiendos son música. Sus dolores son cantos. Sus quejidos estrofas... Cuando el hambre nos muerde, el firmamento nos seduce. El cielo es un mantel. Las estrellas atraen. La luna es comestible... Con el estómago vacío, los ojos más vulgares sueñan en cualquier cosa. Pero sueñan. Jeremías fué el primer poeta de la humanidad... En cambio, lo difícil es encontrar vagabundos que sean poetas por sus versos y no por sus miserias. Pero los hay. Son, generalmente, hombres de gran ingenio. Ruedan por el mundo, cual si la propia sombra los empujara por la espalda. Hoy están aquí. Mañana el sol encuéntralos allá. Es la eterna y loca caravana sin más Dios que el ensueño. Es la tribu de Homero. Es el viento que pasa... Ninguna nación puede atribuirse el honor de haberlos inventado. Nacieron en todas partes la misma noche que nació la poesía. Van de aquí para allá, sin más objeto que vivir la vida de los pájaros. Andan. Vuelan. Buscan su cementerio. Y mientras llega la hora de los huesos, cantan. Cantan y cantan. Sus vidas, como

todas las vidas, suenan cual organitos de manubrio. Sólo que...

—¿Sólo qué?...

Sólo que en ellos el manubrio es manejado á veces por el Diablo. Y también por la Muerte...

\*  
\*  
\*

Uno de estos finos y raros y locos poetas vagabundos es Alejandro Sux. Mi pobre amigo el dibujante Arnó fué quien una noche del año inolvidable en que huyó de la vida recitóme á la luz de una vela varios versos dolorosos de Sux. Me deleitaron. Busqué al autor. Le conocí personalmente. Al poco tiempo Sux desapareció de Buenos Aires. Fué á Mendoza. Allí fundó *La Ilustración Andina*. Desde la cárcel, adonde lo llevaron sus ideas, escribió un libro titulado *Cosas del mundo*. Puesto en libertad, pasó á Montevideo. Ya sabéis que Montevideo es la única ciudad en que, como en París, se puede vivir un año sin saber cómo y sin saber de qué. Sux, cuyo verdadero nombre es Alejandro J. Maudet, vivió un año así en Montevideo. Un editor le publicó su primer libro: *De mi yunque*. Prólogo de Edmundo Bianchi. Se vendieron 5.000 ejemplares. Valía. Regresó después á Buenos Aires. Alberto Ghirardo, con su gran alma de poeta y su gran corazón jesucristiano, asiló á Sux. Pudo seguir viviendo. Publicó otro libro, *De luz y de hierro*. Fundó la revista *Germen*. Vivió tres años. Mejorada su vida con las letras de molde, compróse un traje nuevo y á los pocos meses se casó. Su compañera es una bondadosa chica criolla, Marta Nivelstein van Soon, descendiente de una familia belga de estirpe aristocrática. Sus padres viven actualmente en Núñez.



¿Os agrada la historia? Continuemos.

Los enamorados tuvieron—como en las novelas—una hija. Y también como en las novelas, le pusieron un nombre que parece de estrella: Poema. Ya eran tres. Tres bocas con un alma. Se amaban. El amor es un manjar de dioses; pero hay muchas cosas divinas que á pesar de venir de los dioses no alimentan. El amor es así. Y los tres, simplemente, sin frases, vivían de amor. Simplemente se morían. Pero se morían con la muerte de las necesidades vergonzantes. Más de una vez anduvieron vagando. A menudo el cielorraso de su habitación era tan elevado, que estaba á la misma altura de los astros. Movido entonces por la fiebre de andar, Sux se desperezó líricamente. Sus ojos creyeron ver de nuevo detrás del horizonte las ciudades áureas de *Las mil y una noches*... Y un día él y Ernesto Herrera Obes, sobrino del expresidente del Uruguay, embarcáronse sin pasaje con rumbo al viejo mundo... El vapor salió de la dársena. Ocultos en los rincones pasaron un tiempo desapercibidos. Pero cuando la nave arribó al puerto de Santos, en el Brasil, los guardias de á bordo descubrieron á Herrera. Lo bajaron. Pero Sux logró ocultarse y seguir hasta Cataluña. Allí, en suelo español, estaba á salvo. Al entrar en Barcelona saludó la estatua de Cristóbal Colón. ¿Acaso este poeta errátil no era un discípulo de aquel otro lírico errabundo que tuvo que enloquecerse para descubrirnos?

\*  
\*  
\*

En Barcelona, sin ningún apoyo consular, y con cuatro pesetas, consiguió alargar sus apetitos. La casa editorial de F. Granada le compró una obra que llevaba inédita: *Cantos de rebelión*. Con

el producto prosiguió viviendo y le alcanzó todavía para enviarle un pasaje á su mujer. Ella, con ese heroísmo singular y trágico de las pobres mujeres que aman á los artistas por sus propios dolores, y porque son las únicas que comprenden la angustia de un ideal, se vino á Barcelona, de tercera clase, con su hijita Poema... Ambas venían á encontrar al padre, al poeta enfermo de horizontes...

Reunidos otra vez, continuaron viviendo alegremente. Miserablemente... El haciendo bellos versos. Ella adorando á su poeta. Y la nenita, en medio de tanta poesía y tanto amor, era como un pentagrama. Esta felicidad—porque la miseria suele ser felicidad cuando el hambre no muerde las entrañas—duró muy poco tiempo. Los últimos sucesos sangrientos de Barcelona arrojaron á las fronteras de Francia á muchas familias, que se vieron de pronto sin hogar y sin cama. Porque no solamente expulsaron á hombres. Lo cruel y lo salvaje es que arrojaron á niños y á mujeres, sin culpa ni delito...

Sux fué expulsado. Llegó á París, y aquí supo que á su mujer también la habían echado con su hijita. Al fin ella, siempre detrás del faro que la guiaba en la sombra, apareció en París. Se hubieran muerto de hambre los tres ó se habrían sepultado en las aguas del Sena, si no los hubiera salvado la honradez y la paciencia.

En la buhardilla de un séptimo piso, allá en el Barrio Latino, cerca de las nubes, donde el techo toca las cabezas y forma un ángulo de palomar, encontré á Sux con su mujer y con su nena. El hambre está con ellos. La miseria está allí. Yo la conozco bien. Fué mi amiga. Por eso al verla sentí deseos de gritarle:

—¡Canalla!

Pero no pude. La nenita me miró sonriendo...

\* \* \*

Alejandro Sux, siempre bohemio, eternamente lírico y sin rumbo, escribe ahora un libro titulado: *Bohemia revolucionaria*, que es una colección originalísima de siluetas. Son todos tipos de hospital, de redacción, de café, de cátedra, de comité, de manicomio, de cementerio... Por sus páginas desfilan muchas almas tristes, muchas almas nerviosas, muchas almas alegres, muchas almas geniales y muchas almas sin órbita, sin alas, sin fe, sin entusiasmo, sin amor y sin odio. Pero todas ellas van arrastradas por la bárbara fuerza de ese destino fantástico y epiléptico que no se parece nada más que al mar, al hombre y a los niños...

\* \* \*

Yo no sé si los padres de Alejandro J. Maudet, ó sea por su nombre literario Alejandro Sux, viven en Buenos Aires. Pero me imagino ver á un padre que llora. Que llora pensando en el hijo ausente y en la nieta lejana. Vale más que no los vea con los ojos. Que los vea con la imaginación. Si él pudiera asomarse por encima del Océano y venir hasta la obscura buhardilla de un séptimo piso parisién, leería por el ojo de la cerradura un poema que nadie ha de escribir. Un poema vivido... Y su mano temblorosa trazaría en el aire la señal del perdón... Ahora, después de todo, es preciso pensar que Sux sólo tiene veintiún años...

NOTA.—¡La hijita de Sux ha muerto!...

París, Enero de 1910.

## Una princesa de París

S. A. R. la princesa Eulalia de Borbón

—33, boulevard Lannes...

El coche se pone en marcha. Son las cinco de la tarde. Bajo mi sombrero pienso en la misión que debo cumplir hoy. Mad. Cáceres ha tenido la gentileza de pedir á la tía de Alfonso XIII, la infanta doña Eulalia de Borbón, que me otorgue una audiencia. Ignoro de qué diplomacia se ha valido mi ilustre amiga para obtener un favor tan especial. Desde hace tiempo doña Eulalia no frecuenta salones. No va á las embajadas. No recibe visitas en su palacio parisién. Descansa en el hermetismo de una viudez muy voluntaria. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la princesa ama las bellas letras. Y la señora Cáceres es una exquisita literata. Además de escritora, tiene gran influencia social. Vive en la aristocracia. Su padre es el glorioso general Cáceres, expresidente del Perú y hoy ministro en Europa. No es extraño, pues, que doña Eulalia quebrante su costumbre y me reciba... Y mientras el carruaje, manejado por una «mujer-cochero», rueda por las calles y cruza los bulevares, yo busco en mi memoria recuerdos de la vida de esta bella señora, que si tuvo horas suaves de

amor, tuvo también horas grises de llanto... Ya sabéis que la infanta Eulalia es hija de Isabel II, reina de España, y de don Francisco de Asís, que murió siendo fraile. Su hermano fué también rey: Alfonso XII, padre del actual Alfonso XIII.

La existencia tormentosa de la reina Isabel dicen que enlutó muchas veces el corazón de doña Eulalia. Fué desgraciada en amores. Pero lo fué líricamente, como lo suelen ser todas las damas regias que tienen en el alma una corona. Su marido es Antonio, príncipe de Orleans, duque de Galliera é infante de España. Vive todavía. Con él tuvo doña Eulalia dos hijos. Uno es ya un hombre. Tiene veintidós años. Hace poco los diarios del mundo entero hablaron de este príncipe temerario y moderno, que despreció sus títulos de nobleza y parentesco de primo de Alfonso XIII, para casarse, sencillamente, como un pastor de ópera ó como un personaje siglo XV, con la mujer que amaba. ¿Os acordáis de esta horrible catástrofe palaciega que conmovió todas las casas regias? El hijo de doña Eulalia era príncipe, y además de su título de grande de España, poseía las condecoraciones más honrosas á que puede aspirar el orgullo de un príncipe guerrero. Como los reyes de España son católicos, los príncipes, si quieren conservar su sangre pura y si quieren ostentar sus títulos sin mancha, deben casarse con princesas católicas. La reina Ena no era católica. Para casarse con Alfonso XIII, tuvo que convertirse. Pero el hijo de doña Eulalia, no permitió que su novia, princesa alemana y protestante, cambiara la religión de sus antepasados—Hohenzollern de la más pura cepa—. Y hace siete meses se casó con ella. Se adoraban. La casa real de España se indignó. Alfonso XIII, que tuvo por profesor al ministro Merry del Val,

repitió uno de sus tan propios gestos juveniles de rey viejo, y por un decreto que pasará á la historia cortó de su árbol genealógico la rama del príncipe rebelde. Arrancóle el título de grande de España. Y como si esto fuera poco, le quitó todas sus prebendas, sus galones, sus medallas, sus cruces. Todo. El ex príncipe, después de haber sido tan grande, prefirió por amor á su rubia transformarse en un simple muchacho más digno de ser poeta y ser Quijote que de ser primo abuelo de un rey... La infanta Eulalia, cuyas ideas son muy avanzadas, lamentó como princesa lo ocurrido. Pero como madre su corazón estuvo con el hijo.

Mientras yo rememoro estos frescos recuerdos, mi carruaje penetra en la avenida del Bois de Boulogne. Ya estamos por llegar. El bulevar Lannes, donde vive la princesa, se encuentra un poco lejos del centro de París. Es el barrio de la nobleza y de los millonarios. Se confunden. Linda el bulevar con el bosque, á cuyo frente miran todos los palacios, pues en esta avenida original se han construido edificios en una sola acera. Con esto se consigue que muchos príncipes y muchas princesas que viven desterrados en París conserven la ilusión de su grandeza. Como enfrente no hay casas, miran por los balcones á lo lejos. Y ven, dichosos, que la campiña se prolonga en un bosque de árboles alegres que simulan soldados de una escolta. El sueño y el ensueño son misericordiosos... ¿No es cierto, doña Eulalia?

\*  
\*  
\*

El carruaje ha llegado. La cochera—una matrona opipara de los halles de París—me pregunta si tiene que esperarme.

—Sí.

Le digo que sí, pues no creo que mi visita dure mucho. Saludos. Reverencias. Una pregunta. Dos. Tres á lo sumo. Y nada más. No creo que mi visita sea muy larga. Apenas diez minutos. Pero...

\*  
\* \*

Un lacayo abre la puerta.

—*Su Alteza*—me dice el lacayo—*está en los salones del primer piso. Puede usted subir.*

Subo. Una criada sale á recibirme. Ya tengo informes de ella. Es la sirvienta que acompaña siempre á doña Eulalia. Como sé que es italiana, le hablo en su propia lengua. Sonríe patrióticamente. Sonríe honestamente. Y le doy mi tarjeta, la cual con honra se embarca en una preciosa bandejita de plata con rumbo hacia la sala. Un silencio... Y la criada aparece de nuevo:

—*Favorisca, signore...*

Entro. La princesa está sentada en un sofá. A su lado, una señora fúnebre. Enfrente, Mad. Cáceres, la buena amiga de doña Eulalia. Y un poco más atrás, una silenciosa dama de frontispicio norteamericano.

Saludo con una inclinación. Mad. Cáceres me presenta. Yo me aproximo.

—Con mucho placer—dice entonces la princesa con acento madrileño. Y me tiende la mano para el beso. Me inclino. Y beso la blancura rubia de aquellos dedos suaves. Son dedos de princesa. Al sentirlos pienso en otro beso igual que deposité con devoción de esteta, hace tres años, en Madrid, sobre la mano encantadora de la reina de España.

Como es lógico encontrándome frente á una

mujer que además de princesa es bella y que por encima de todo es española, permanezco de pie, admirativamente silencioso. Mas ella, con una gracia fina, se apresura:

—*Siéntese usted*—me dice—. *Siéntese usted...*

\*  
\* \*

Empiezo á estudiar la escena. Mi entrada interrumpió, sin duda, una conversación interesante para la dama fúnebre. Es una dama de la aristocracia francesa. Alguna orleanista, tal vez. ¿No será uno de esos valientes *camelots du Roi* femeninos que por amor á Luis Felipe venden por las calles de París *L'Action Française*? Habla con entusiasmo á doña Eulalia de obras de caridad, de trajes y de amigas... La princesa contesta monosílabos. Al fin, la enlutada aristócrata, satisfecha, al ver que nadie la discute, se va...

La señora de frontispicio yanqui no parece muy joven. Está hablando en inglés con Mad. Cáceres. La partida de la dama fúnebre interrumpe la charla, que luego, en francés, reanuda la princesa para elogiarnos en seguida el buen corazón y la fidelidad de la señora norteamericana:

—Es una de mis más íntimas amigas. La conocí en uno de mis viajes. Es una santa mujer...

Como doña Eulalia continúa sus elogios en castellano, la viejita no siquiera se ruboriza. No entiende el español.

Después la princesa se dirige á mí. Me hace preguntas de una bondad infantil que me seduce. Y con una franqueza hospitalaria, concluye:

—Madame Cáceres me ha dicho que usted quería visitarme para escribir no sé qué impresiones sobre mí para América. Como ella le habrá dicho, yo me

negué. ¿Qué puedo tener de interesante para ustedes? Nada, naturalmente... Sin embargo, he aceptado gustosa su amable visita.

—Agradezco á Vuestra Alteza su bondad. Y me permitirá le manifieste que para los españoles de la América del Sur, y sobre todo para los de la República Argentina, tiene mucho interés todo lo que á Vuestra Alteza se refiere...

—Si se tratara del rey, todavía... Y á propósito, conozco *Caras y Caretas* por la visita que hizo usted al rey, mi sobrino, y por el autógrafo que Su Majestad dedicó á los españoles de América, y que éstos se apresuraron á agradecer por medio de un telegrama. Todo eso es muy simpático.

—Precisamente, quisiera que Su Alteza me concediera también el alto honor de transmitir su saludo autográfico á las nobles mujeres españolas que han hecho de la Argentina una segunda patria...

—¡Oh! con muchísimo gusto.

—Y ya que Su Alteza es tan benévola, ¿podría mi fotógrafo tomarle una fotografía?

—No. No... Muchas gracias. Yo ya no soy joven. No puedo tener el orgullo de mostrarme, de lucirme...

Pero con la impertinencia que en los periodistas es función sacerdotal, insistí. Y doña Eulalia accedió:

—Bueno, entonces... Mañana, antes de mediodía, si le parece.

\* \* \*

La conversación salió del camino inevitable y se introdujo en la familiaridad de otros temas mejores. Conociendo las ideas avanzadas de doña

Eulalia, me pareció agradable y pecaminoso y muy correcto pedirle algunas opiniones sobre cosas de España. No os diré que la hija de Isabel II alimamente tendencias libertarias. Pero creedme: es una princesa con alma socialista. Oídla. Me dice:

—En España progresa mucho el liberalismo. Mi hermana, la infanta Isabel, me decía hace poco que casi todas las ciudades españolas son monarquistas. Yo, que viajo tanto, estoy convencida de lo contrario. Y no crea que me quejo ni que abomine de esos movimientos rebeldes. Son á menudo justos. No le extrañe que una princesa real le diga esto. Ya lo he repetido muchas veces en palacio, y no me creen. O mejor dicho, me creen loca ó que sé yo. Por eso prefiero vivir siempre en París. Aquí llevo una vida solitaria. Hago pocas visitas. No tengo séquito. Y paso un incógnito muy fácil y cómodo. No voy á los teatros, ni á conciertos, ni á paseos. A las nueve de la noche me acuesto, pues á las ocho de la mañana ya estoy de pie. Me voy al Bois de Boulogne en bicicleta ó á caballo. Regreso. Almuerzo. Leo los libros que me mandan de todas partes. Hojeo los diarios. Escribo... Y así soy feliz sin mezclarme en los asuntos oficiales... Cuando me hastío de vivir tranquila, viajo. Viajo mucho...

—¿Y nunca se le ha ocurrido á Su Alteza hacer un viaje á la Argentina?

—¡Oh! muchas veces. Y no será difícil que pronto me aparezca por allí. Pero de incógnito, se comprende. Siempre bajo mi nombre de condesa de Avila. Quiero ver naturaleza. Yo soy una salvaje. Me gusta respirar el oxígeno en pleno bosque como una fiera...

\* \* \*

Doña Eulalia finaliza la bella frase con una risa fresca que desmiente los informes de edad que sobre ella nos cuenta el austero almanaque de Gotha:

—La infanta Eulalia nació en Madrid el 12 de Febrero de 1864...

¡Cuarenta y seis años! No puede ser. Esta frescura juvenil, esta luminosidad de figurita de porcelana iluminada por dentro, esta alegría desbordante y melancólica, esta belleza no aviejada á pesar del dolor, denotan mucha más juventud... ¿Será que las princesas de Occidente conocen el secreto que tenían las princesas de los cuentos orientales? Tal vez... Tal vez.

\* \*

Quando se está con damas, hablar de las edades es un obstáculo que se atraviesa en la conversación como una duda en la fe de un sacristán. Yo quiero salvar ese obstáculo. Pero la misma princesa, á quien los años no le incomodan, nos conduce á otro tema. Es un tema sentimental. El rostro de doña Eulalia se ilumina. De los ojos le brotan llamaradas de fiestas. Y hay en todo su cuerpo un estremecimiento de alegría que llama la atención. Su cara, de una blancura suave y de líneas helénicas, tiene un resurgimiento de belleza antigua. ¿De qué habla? ¿Qué la entusiasma así? Escuchad:

—¿Sabe usted, Aurora—le dice la princesa á Mad. Cáceres—que pronto voy á ser abuela? ¡Imagínese usted qué dicha, qué enorme gloria para mí... ¡Ser abuela!

—¿Cómo?—interroga con sorpresa mi amiga.

—Sí... Mi hijo, ya sabe usted, el casado contra

la voluntad del rey con una princesa protestante, tendrá en Mayo ó Junio un heredero... Precisamente, en esa misma fecha dará á luz también la reina Victoria. Alfonso me ha llamado de palacio para que yo esté en Madrid cuando ocurra el suceso. Pero no iré, pues mi obligación es ir junto al lecho de mi nuera...

Y luego, cambiando de tono y con una energía maternal, agrega como si hablara con un ser invisible y poderoso á quien ella quisiera desafiar:

—Antes que princesa de España soy madre de mi hijo...

¡Oh! Yo sonrío lleno de paternidad.

\* \*

Pregunto á doña Eulalia sus opiniones sobre la situación política de España, que la prensa europea critica diariamente como una moda nueva. Lo que me responde es tan categórico y tan firme, que solicito su autorización para repetirlo en público.

—Puede usted repetir lo que yo pienso—dice con energía —: en España, lo malo no es que haya socialistas ó liberales ó lo que sea. Lo malo, lo peor, lo pésimo es que España esté dividida en dos tendencias: de un lado los clericales; del otro los anticlericales. Los partidos de antaño se han refundido en dos: los que odian á los curas y los que defienden á los curas. Lo que se precisa en España para ponerla al nivel del progreso de Europa, es un partido de tendencias sanas, sin odios de raza, sin rencores. ¿Que sean republicanos? Bien. ¿Que sean socialistas? No importa. ¿Que sean monarquistas? Mejor... Pero lo esencial es que sea un partido de ideas nuevas, un partido de progreso, que

arroje viento saludable sobre las ruinas viejas... Lo que deben buscar los españoles—desde los anarquistas hasta los nobles—es el adelanto material y moral de España. Que España se levante y sea de nuevo la antigua triunfadora que daba al mundo lecciones de progreso... No es preciso seleccionar por sus tendencias ideológicas á los elementos de que se forme ese nuevo partido. Que sean todos españoles, pero honrados. Eso basta...

—¿Y cree Vuestra Alteza que habría en España un hombre capaz de ponerse al frente de ese partido?

—Maura—me responde—es un hombre de gran inteligencia y de mucha honradez. Pero es demasiado clerical... No sirve para eso. Y después de Maura no veo á nadie todavía. Tal vez pronto surja algún hombre entre esa hermosa juventud española que estudia y se levanta con brío y con entusiasmo... ¡Ojalá sea pronto, amigos míos, para gloria de España!—dice con energía—. ¡Ojalá sea pronto!—repite con dulzura, para atenuar lo dicho anteriormente.

\* \* \*

Cuando esta mujer habla de la gloria de España, pone tal fuego de pasión en sus palabras, que al oírla tan heroica—pues se necesita ser valiente para hablar así siendo princesa—yo me acuerdo de aquellas gloriosas mujeres de Zaragoza que eran atrevidas y bravas; pero atrevidas, con el atrevimiento de un hombre, y bravas, con la loca bravura de un cañón.

\* \* \*

¿Puedo deciros algo más de doña Eulalia para que desde lejos os asoméis á su corazón y á su cerebro? Una retratista de mujeres de regia estirpe, doña Concepción Jimeno de Flaquer, dice con verdad y con hermosura que la infanta siente hondamente el goce intelectual y el placer de lo bello. «En la canción de la vida que canta en el corazón de doña Eulalia—agrega la señora de Flaquer—, no hay notas plañideras... Cuando visitaba á su augusta madre, Isabel II, en el tético palacio de Castilla, en París, su belleza y su alegría transformaban la casa...»

\* \* \*

Doña Eulalia no ha escrito libros como su hermana doña Paz de Borbón, princesa de Baviera. Pero ha hecho más: los ha pensado. Y no sería difícil que pronto publicara una obra sobre el feminismo. Con el criterio alto, las ideas avanzadas y el espíritu ecuánime de la princesa, sería indudablemente un libro raro. Sería también un libro peligroso para ella.

No se lo digo. Me pongo de pie. Beso de nuevo la suave mano rubia. Y salgo. Al salir, la princesa siempre amable me dice:

—Convenido, entonces... Hasta mañana á las once. Lo esperaré...

En la calle, sobre el pescante, la «mujer-cochero» se ha dormido. Mi visita de cinco minutos, ha durado dos horas...

\* \* \*

Día siguiente. La maga de siempre. Recibimiento cordial. Fotografías. Y por encima de todo,

esta bella reverencia en un autógrafo: «Paris 21 de Diciembre de 1909.—Saludo á las damas españolas residentes en la Argentina, cuyos hogares son la prolongación de la patria ausente.—*Eulalia.*»

Es un grito de España. Es el alma de España. Es España que arroja sobre América un puñado de flores...

Paris, Enero de 1910.

## Iglesia de la Sorbona de París

(Transformada en cementerio y sala de conciertos)

En la plaza de la Sorbona, número 7, existe una antigua iglesia parisién del mismo nombre. Fué construida en el siglo XIII y reconstruida en 1639 por Lemercier á expensas del cardenal Richelieu, fundador de la Academia Francesa. Los estudiantes de la Sorbona, á cuya institución se hallaba anexada la iglesia, iban allí á oír misa. Aun se conservan intactos los altares, con sus candelabros, sus imágenes, sus reliquias, sus cuadros. Los frescos de la cúpula llevan la firma célebre de Ph. de Champaigne, restaurados en nuestros días por Alejandro Hesse.

Pero los tiempos corren y las ideas han revolucionado todos los espíritus. En esa iglesia, desde hace diez años, ya no se dice misa. En el altar mayor, convertido en proscenio, pero sin que se le haya quitado ninguna de las imágenes de vírgenes y santos, se verifican ahora conciertos públicos. Salvo las tardes de concierto, los demás días está permitido entrar á los transeuntes con el sombrero puesto. No hay agua bendita.

En las pilas florecen algunas plantas de invierno. Hace unos días asistí á uno de estos con-



ciertos. Fué interesantísimo. Mucho arte. Mucha alegría. Tomaron parte artistas teatrales de gran mérito. Mad. Garcheri y M. Vianneuc, de la *Opera Cómica*, y M. Plamondon, de la *Opera*, ejecutaron á maravilla *L'Enfance du Christ* de Berlioz. La conveniencia de estos conciertos estriba sobre todo en la acústica de la vieja iglesia.

En ella sucede algo parecido á lo de la *Scala* de Milán. Los conciertos son mensuales y los dirige su fundador Paúl de Saunières. Como no hay palcos y sólo hay en la iglesia humildes sillas de madera, han sido divididas en secciones por tamaño, á fin de establecer un precio equitativo. El mejor puesto vale cinco francos, y bajan á tres, dos y un franco. El abono para ocho conciertos es de 35 francos.

En esta iglesia tan propia de París y en donde la música ha reemplazado al rezo, están enterrados numerosos personajes célebres. El principal es Richelieu, que está en un hermoso mausuleo, obra de Girardón. Es un trabajo delicado de escultura. Se resiente, sin embargo, del gusto teatral de la época en que fué construido.

París, Enero de 1909.

FIN

## INDICE

	Págs.
PRÓLOGO.—Soiza Reilly juzgado por el crítico español Zeda. . . . .	v
AUTOBIOGRAFÍA. . . . .	ix
Con Edmundo Rostand: El autor de <i>Chanteclair</i> .—En vísperas de un estreno. . . . .	13
La escritora Jane Catulle Mendés: Una viudez literaria. . . . .	22
Contemplando á Jorge Ohnet: Una víctima de la celebridad. . . . .	31
Un niño de París: Los juguetes. . . . .	43
Carolus Durán: Pintor de reyes. . . . .	52
La Unión Literaria: Su fundadora Zoila Cáceres de Gómez Carrillo. . . . .	59
Con Paúl Adam. . . . .	63
El anarquista literario Luis Bonafoux. . . . .	69
Tres modernos dramaturgos de Francia. . . . .	72
Willette: Un dibujante célebre. . . . .	79
El autor de <i>Claudina</i> : El nuevo Paúl de Kock. . . . .	87
Gaireaud: Un caricaturista que fabrica títeres. . . . .	92
La familia de Alfonso Daudet. . . . .	98
Las madres de París. . . . .	105
<i>Enquête</i> sobre la independencia argentina.—Opiniones europeas. . . . .	110
El exministro Georges Clemenceau: En su casa de París. . . . .	172
La monarquía en Francia: Los <i>camelots</i> del rey. . . . .	181